

NOVELA

LAS AVES PALIDAS

ARIEL SARDUY



EDICIONES
CUBANAS
LITERATURA

**LAS AVES
PALIDAS**

ARIEL SARDUY



**EDICIONES
CUBANAS**
ARTEX

Edición: Bertha Hernández López

Diseño de cubierta y fotografía: Suney Noriega Ruiz

Corrección: Jacqueline Carbó Abreu

Realización: Yuliett Marín Vidiaux

Conversión a E-book: Rafael Lago Sarichev

© Ariel Sarduy, 2021

© Sobre la presente edición:

Ediciones Cubanas ARTEX, 2021

ISBN 9789593141253

ISBN Ebook formato PDF: 9789593141277

Sin la autorización de la editorial Ediciones Cubanas queda prohibido todo tipo de reproducción o distribución de contenido.

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público. Si precisa obtener licencia de reproducción para algún fragmento en formato digital diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) o entre la web www.conlicencia.com EDHASA C/ Diputació, 262, 2º 1ª, 08007 Barcelona. Tel. 93 494 97 20 España.

EDICIONES CUBANAS

5ta. Ave., no. 9210, esquina a 94, Miramar, Playa

e-mail: editorialec@edicuba.artex.cu

Telef. (53) 7204-5492, 7204-0625, 7204-4132

SINOPSIS

Novela policíaca que nos presenta una historia de amor, intriga, venganza y crimen, que ocurre en La Habana de 1957, donde el vicio, la corrupción política y las ambiciones señoreaban, sobre todo en las altas esferas del país, de forma impúdica. Texto que resalta por su discurso diáfano y por la manera en que el autor ha sabido hilvanar los hilos de este género, manteniendo al lector en vilo en cada hecho que narra, sin soltar las riendas del mismo, así como la estructura de los personajes que intervienen, que no se alejan de la época representada.

[TEXTO]

Era una madrugada extrañamente brumosa. El viento traía una fina y salada lluvia desde el mar cada vez que las olas rompían contra el diente de perro de la costa, labrada durante siglos con la inigualable paciencia del agua y el aire. Un malecón de hormigón separaba las rocas salvajes de una interminable y sinuosa calzada. Algunas ventanas, dibujadas en las fachadas de viejos edificios coloniales, permanecían iluminadas a pesar de la hora, recordándoles a los pocos transeúntes que mucha gente todavía celebraba el comienzo del año 1957. Se escuchaban quedamente, entre mezcladas en el aire, sones y boleros, guarachas y cha-cha-cha, provenientes de algunos gramófonos.

Dos figuras caminaban trabajosamente, una al lado de la otra, por la ancha acera junto al malecón habanero. Eran dos hombres que vestían ropas idénticas, cubiertos con una gruesa y larga capa gris de hule que brillaba cuando alguna luz se reflejaba en ellos, producto de la fina película de agua que les cubría. Uno portaba una linterna innecesaria en esos momentos, pues los faroles del alumbrado público proyectaban círculos amarillentos cada treinta metros, permitiendo ver lo suficiente, incluso con ese clima. De vez en cuando un haz de luz, proveniente del faro del Morro, barría todo el litoral, cortando en dos la oscuridad de la noche y dejando a su paso ciegos por unos instantes, a los que se atrevieran a mirarlo directamente. Luego se marchaba al mar, oteando el horizonte en su búsqueda

eterna de almas en problemas para guiarlas a puerto seguro. Los dos guardianes conversaban entre dientes y apuraban el paso para terminar la ronda e irse a descansar.

—¡Es una noche endiablada para estar aquí afuera! Me vendría bien un trago de ron para calentar el esqueleto.

—Cuando lleguemos al cuartel te doy de lo que me quedó de ayer.

—Entonces apúrate, ya tengo las pestañas llenas de salitre.

—¡Espera! Creo que vi una silueta allá abajo —dijo uno de los guardias, sosteniendo al otro por la manga del impermeable e improvisando una visera con la mano libre, para evitar que el agua salada se le metiera en los ojos. Miró hacia la costa cerrando los párpados, hasta no dejar más que una fina hendidura.

Los dos hombres se acercaron al muro que separaba la civilización de la furia del mar. El de la linterna, la alzó todo lo que pudo para distinguir mejor lo que su amigo le indicaba. En efecto, parado a solo tres o cuatro metros del agua, un hombre delgado y alto parecía meditar sobre si lanzarse a las olas o terminarse la botella que mantenía fuertemente agarrada con su mano derecha. Con la izquierda señalaba hacia el mar, como debió hacer el primer español que vio la flota inglesa en el horizonte de La Habana.

—¡Otro maldito borracho! ¿Por qué le gustará tanto el agua a esta gente? ¿Tú no vas a...?

—No. A mí no me mires. Yo saqué al último y era mucho más grande que ese —dijo el más alto de los dos, cortando a

su compañero, alzando los brazos y retrocediendo dos pasos.

Tras un gesto de resignación y con una agilidad que no aparentaba, el otro policía saltó por encima del ancho muro y se acercó al sujeto que permanecía inmóvil.

—¡Eh, amigo! No quiero tener que usar la fuerza para sacarte de aquí. Así que deja para otro día lo que estés planeando y regresa conmigo allá arriba. Además, el agua está congelada —gritó al extraño que se tambaleaba, mientras se encogía un poco y cerraba los brazos para contrarrestar el frío.

El hombre no se movió, ni siquiera parpadeaba. Parecía sufrir una especie de trance. La ropa estaba empapada por el agua salada y su mano se levantó, señalando hacia la nada, en un gesto absurdo que le daba el aspecto de un espantapájaros sin uno de sus brazos. El guardia siguió instintivamente la dirección que marcaba y su vista cayó en un amasijo flotante de redes de pesca y algas, a unos cinco metros del rompiente. Parecía que un delfín o un manatí se había enredado con ellos. Por un instante, el torrente de luz del faro recorrió las aguas de la bahía e iluminó la masa sin forma, sobre la cual tenían puesto la vista los tres hombres. De entre los cordeles y las plantas acuáticas, sobresalía algo blanco que reflejó toda la luz como un espejo. Era una mano deforme e hinchada, pero indudablemente una mano humana. La calma de la lluviosa noche habanera, se vio rota por un agudo y prolongado silbido de policía, anunciando el trágico hallazgo.

Cuando desperté el sol ya calentaba bastante. Era domingo, así que me podía dar ese lujo. Me senté con los sentidos un poco aturridos todavía por efecto del alcohol. Busqué del otro lado de la cama con la certeza de que algo iba a estar allí y en efecto, un cuerpo desnudo asomaba entre las sábanas haciendo un bonito contraste con el edredón. El cabello castaño le cubría el rostro, pero dejaba ver sus pequeños y bien formados pechos. Lo aparté con un suave gesto y apareció la cara de una bella mujer. Mientras sonreía mentalmente me felicité. No estaba nada mal para un cuarentón como yo y si contaba que no tuve que pagarle, como casi a todas las mujeres que terminan en mi apartamento, entonces tenía el mérito doble.

Me metí al baño para sacudirme la modorra y el agua fría se llevó los restos de la resaca. Me cepillé los dientes y salí envuelto en una toalla, conteniendo la respiración para ocultar las libras de más que ya se acumulaban peligrosamente en mi vientre, con la idea en la cabeza de seguir el combate con la escultura que todavía dormía en la cama; pero al parecer ella no pensaba igual. Ya estaba vestida, con la cartera en una mano y la puerta en la otra. Me dirigió una sonrisa sardónica y salió sin decir una palabra. No sé por qué, pero me pareció que la falta de alcohol en su cerebro le llevó a la conclusión de que ese no era un apartamento de lujo y que yo no era un abogado, como recordaba vagamente haberle dicho la noche anterior. Un poco decepcionado y herido en mi amor propio, me dispuse a hacer lo que hacía todos los

domingos; absolutamente nada.

Después del almuerzo, me encontraba a punto de dormirme mientras leía “Entierro prematuro”, cuando alguien llamó suavemente a la puerta. Alguien que no hizo ruido al subir la escalera, ni se apoyó en la baranda suelta, evitando que sonara contra el mármol del piso. Alguien educado como para no tumbar la puerta y definitivamente alguien desconocido; porque si no lo fuera, sabría que los domingos son sagrados para mi mente y mi cuerpo. Ignoré por completo la llamada con la vana idea de que desistiera, aunque sabía muy en mi interior, que no sucedería así; nadie sube cuatro pisos para luego rendirse a la primera. Volvió a tocar como predije con mi entrenado instinto detectivesco. Esta vez fue más fuerte y acompañando el golpe con una voz que me levantó del sofá como si me hubiesen pinchado.

—Señor Fuentes. ¿Señor Fuentes?

—¿Quién llama?

Era una pregunta retórica. Le iba a abrir la puerta así me dijera que era la muerte y que me cortaría la cabeza con una vieja y oxidada guadaña. Abrí solo un poco, de modo que podía ver de quién se trataba sin necesidad de salir. No era una mujer, era una alucinación envuelta en un vestido negro, que no conseguía ocultar las curvas de su portadora, aunque no creo que ese fuese su objetivo. Su piel de marfil, contrastaba con la tela como las teclas de un piano, tanto que daban ganas de tocar alguna sinfonía sobre ella. Entre el fin del vestido y los zapatos de tacón, alguien había tallado dos columnas perfectas, sosteniendo una escultura

de carne y hueso, que me miraba consiente del efecto que producía en mí. No me sentí culpable de mi vulnerabilidad, hasta las piedras voltearían a mirarla si tuviesen ojos. No obstante, no parecía importarle mucho, casi podría decirse que le molestaba ser tan hermosa, cosa que la hacía más atractiva aún. En su preciosa cabeza traía un sombrerito también negro, ladeado hacia su derecha, del que caía una rubia cascada que rebotaba en los desnudos hombros, enmarcando de paso la cara más encantadora que jamás había visto. Me pregunté cuántos hombres de este planeta le dirían:

“Disculpe señorita, pero yo no atiende a nadie los domingos, así que regrese otro día si quiere”, pero su voz no me permitió responderle.

—¿Es usted el señor Fuentes?

—Sí, yo mismo soy —dije poniendo la mejor cara de estúpido que pude, mientras buscaba un balde para recoger la saliva que caía de mi boca.

—Necesito contratar sus servicios. Me dijeron que podría encontrarlo aquí. ¿Puedo pasar?

Antes de que terminara la pregunta ya había cerrado la puerta. A la velocidad de la luz recogí los calcetines del piso, la camisa del sofá, el libro de mi buen amigo Poe y las colillas del cenicero. Me vestí con una mano y me peiné con la otra. Abrí la puerta y allí estaba todavía. La invité a entrar.

—Pase, por favor. Lo siento, no trabajo hoy y no estaba preparado para recibir visitas.

—No se preocupe señor Fuentes; debí haber avisado que

vendría, pero tenía tanto apuro que...

—Por favor, llámeme Francisco y no tenga cuidado, siempre es un placer una visita tan hermosa.

No se sonrojó ni medio tono, seguramente ya estaba acostumbrada a que la lisonjearan. Le señalé mi mueble más cómodo y como había recuperado la compostura, me dispuse a tomar las riendas de la conversación como todo un profesional, aunque no podía dejar de mirar aquellas piernas. Se sentó en la punta del mueble con las rodillas juntas y ladeadas en la misma dirección del sombrero, adoptando una pose algo aristocrática al sostener su cartera con ambas manos sobre las piernas.

—Si no le importa iré directamente al asunto. Mi nombre es María, María Mercedes. Hace dos semanas que no sé nada de mi hermana y un amigo suyo de la policía me recomendó venir a verlo. Dice que es muy bueno siguiendo rastros y que es muy discreto.

—¿Y ese amigo es...?

—El capitán Odrisios.

Por supuesto que era él. No conocía a más nadie en la policía, pero me encantaba hacerme el importante con los clientes y era el momento de ganarme un poco de puntos con la rubia. El capitán y yo éramos buenos amigos, aunque casi nunca nos veíamos fuera del cuartel. Desde que le ayudé con un caso que resolví más por casualidad que por intelecto, me mandaba algunos clientes que querían solucionar sus problemas con discreción. Casi siempre eran mujeres que huían de sus esposos, hombres que escapaban de sus esposas o jóvenes que se marchaban de sus casas.

Así me ganaba la vida y de paso le aliviaba el trabajo al capitán, quien a veces recibía el elogio de sus superiores y yo el dinero de los clientes.

—¡Sí, como no, el buen capitán Odrisios! —fingí recordar—. Bueno, ¿en qué puedo serle útil, señorita Mercedes?

—Como ya le dije, hace dos semanas que no sé nada sobre el paradero de mi hermana Carmen. Ella siempre va a verme cada dos o tres días en las mañanas y los fines de semana me llama por teléfono invariablemente. De pronto no supe más de ella. Nadie la ha visto, ni en la pensión ni en sus alrededores, como si la tierra se la hubiese tragado.

Su pecho se agitaba en la medida que hablaba y los ojos, claros como un manantial de montaña, se llenaban de lágrimas sin brotar. Me dieron unos deseos inmensos de abrazarla, pero me contuve. En su lugar le ofrecí café.

—Voy a hacer café. ¿Desea una taza? Lo hago bastante decente.

Ella asintió con la cabeza. Fui a la cocina y preparé le cafetera con la habilidad y rapidez de un hombre soltero. Le pregunté la cantidad de azúcar deseada. Tomé dos tazas, le puse una cucharada a una y dos a la otra. Vertí el líquido en las tazas y se la llevé a mi futura esposa. Ella me lo agradeció con la cabeza y bebimos despacio y en silencio. Encendí un cigarrillo y le ofrecí otro a mi futura esposa. Lo rechazó amablemente y sacó uno de su cartera, manteniéndolo en el borde de sus rojos y carnosos labios. Con un gesto ensayado miles de veces, encendí una cerilla y le brindé fuego a mi futura esposa. Aspiró una bocanada larga y continuó la conversación donde la había

interrumpido.

—Perdone que sea tan directa, pero mi esposo me recogerá en media hora y aún no hemos acordado nada.

Como se había acabado de joder lo de mi futura esposa, me concentré nuevamente en el trabajo.

—¿Tiene algún otro familiar con quien su hermana pudo haber ido?

—No lo creo. Tenemos otra hermana aquí en La Habana, pero ella no sabe dónde vive y un tío alcohólico en igual condición, en algún solar de San Isidro.

—¿Alguna foto de su hermana... Carmen; alguna carta, una idea de dónde podría estar? Cualquier cosa en estos casos puede ser de utilidad, aunque parezca que no tiene relación.

Buscó en su enorme bolso negro. Luego me extendió una foto y la mitad de un sobre vacío. En la foto estaba retratada una joven casi tan bella como ella, posando junto a un farol del alumbrado público con un vestido demasiado corto y muy maquillada para esa hora del día. En una postura algo atrevida dejaba ver buena parte de las piernas y sonreía con cierto descaro. Su figura se reflejaba en la vidriera de una tienda de zapatos que le servía de fondo. El sobre tenía escrita a mano una dirección en el lugar del remitente, pero la del destinatario la habían rasgado.

—Había un hombre, alguien especial que llegó a su vida hace poco. Estaba emocionada por ese hecho, pero no me quiso decir de quién se trataba. Cuando yo quería abordar el asunto, se ponía nerviosa y cambiaba de tema. Me llamó la atención porque ella no es así. Cuando se enamoró era

solo una adolescente y le salió tan mal que nunca más tomó en serio ninguna relación. Solo me decía que pronto haría un gran cambio en su vida, para retomarla donde la dejó.

—Quizá se refería a estudiar o cambiar de trabajo.

—No. Cuando hablaba, se le iluminaban los ojos de una manera que no puede significar otra cosa que amor. Nosotras tenemos un sentido especial para eso. Usted no entendería, sin que se ofenda.

—No me ofendo. Siendo tan hermosa me imagino que tenga mucho más experiencia que yo en cosas del amor.

Ahora sí se sonrojó y para mi sorpresa se veía más bonita todavía.

—He venido buscando ayuda y usted no para de coquetear conmigo.

Se paró bruscamente y se dirigió a la puerta, amenazando con dejarme solo.

—Es usted del campo, ¿cierto? Huérfana seguramente y es la mayor de las tres hermanas. La otra logró lo mismo que usted, conseguir un buen partido, pero las relaciones entre ustedes están tocadas, no tanto entre usted y ella, pero sí entre ella y la desaparecida. ¿Problemas de amores quizá? Sí, eso suele pasar entre hermanas tan hermosas.

La señorita Mercedes se detuvo y subió la barbilla dándome la razón, pero no se volteó, como esperando más de mí.

—Su hermanita se gana la vida de una manera no muy honrada, con lo cual yo no tengo ningún problema si me pregunta. Ella es la oveja negra de la familia, pero usted le ama, por eso la ayuda económicamente y se mantiene al

tanto de sus problemas. Y usted se puede quedar todo el tiempo que quiera, pues su esposo no vendrá a recogerla.

Dejó escapar el aire que mantenía retenido, relajó el cuerpo y volvió a buscar en su bolso mágico. Esta vez dejó caer en la mesa un sobre bastante grueso y siguió su camino hacia la puerta. Al llegar se volvió y me miró con cierta curiosidad.

—Parece que es tan bueno como parece. En el sobre está la primera paga. Si necesita más, cuando regrese dentro de una semana, nos arreglamos.

—La foto que me mostró fue sacada de un cuadro, aún tiene las huellas del marco. ¿Dónde la consiguió?

Entreabrió los labios, sorprendida por mi súper poder de deducción. Yo aproveché para acercarme y mirarme en sus ojos. Tenía otra vez el control de la situación. En una relación, no importa de qué tipo, todo se reduce al control.

—Fui a su apartamento. Es un lugar espantoso. Cuando usted vaya verá de qué le hablo.

—Por ahora quiero que no se preocupe sin razón, no se adelante a los acontecimientos. Nada dice que pasara algo malo.

—Me gustaría pensar eso. Es usted muy amable.

—Quizá ya rentaron el apartamento de su hermana.

—No —respondió enseguida—, dejé pago todo el mes.

—Una última pregunta: ¿Por qué en la policía no le ayudaron?

—El esposo de mi otra hermana es un político muy influyente, parece que su amigo no quiso verse involucrado.

—¿Y qué le hace pensar que yo sí? —dije acercándome

peligrosamente.

—Sé que lo haré. Me ha causado una buena impresión señor Fuentes, me alegro de haberlo conocido.

Salió de la estancia sin darme tiempo a pensar en algo para retenerla, quedando claro que la última palabra era suya. Dejó en el aire un suave olor a violetas que duró toda la tarde y la noche. Traté de leer algo, pero no podía concentrarme, ni siquiera con la ayuda de mi amigo Edgar. Así que me vestí y salí a comer y a caminar un rato. Regresé a eso de las nueve de la noche, me bañé y me acosté observando la fotografía de la joven desaparecida. Miré cada rasgo de su cara y de su cuerpo, hasta convencerme de reconocerla entre un millón de mujeres aunque cambiara de color de pelo o de peinado. Era tremendamente bella como su hermana, pero era de una belleza alcanzable, terrenal. La que conocí personalmente era de esas que ponemos en un altar y la adoramos el resto de nuestras vidas. Aunque nos inyecte veneno directamente en las venas, seguiríamos poniendo el brazo para la próxima dosis. Me quedé dormido con la foto sobre mí y tuve sueños eróticos con mi cliente como si fuera un adolescente. Por la mañana, abrí el sobre y conté el dinero. Había el triple de lo que cobraba por semana. Primero sentí pena por María, pero después se me quitó al recordar que era casada y que el dinero era seguramente de él. Me afeité y me dispuse a trabajar. El sobre, con la dirección de la hermana desaparecida, sería un buen comienzo. No sé por qué, pero me sentía con suerte.

Aún no había salido el sol; pero la claridad permitía ver perfectamente cuando, entre cinco hombres, pudieron sacar un cuerpo desfigurado del agua. Lo pusieron sobre una lona gruesa y con cuchillos cortaron la red de pesca que mantenía todo el conjunto en una pieza. Devolvieron al mar las plantas acuáticas y tres cangrejos, separaron el cuerpo de los cordeles de nylon que se habían incrustado en la carne de la desafortunada chica y se la llevaron a la morgue. Allí le realizaron la autopsia. No fue muy difícil dictaminar la causa de la muerte. Una depresión, perfectamente circular del tamaño de una bola de billar en su cráneo, no dejaba lugar a dudas. Los pulmones estaban limpios, por lo que cuando la lanzaron al mar ya estaba muerta. Por lo demás, el cuerpo tenía múltiples mordidas de animales y el rostro irreconocible. Le faltaba la pierna derecha a la altura del muslo y el brazo izquierdo completo, todo estaba hinchado y desagradablemente blanquecino por el tiempo que se mantuvo expuesto a los medios. El forense dictaminó que llevaba muerta al menos una semana, aunque con un margen de error importante, por el estado de descomposición que presentaba. Al parecer le ataron algo pesado al pie para hundirla, pues todavía tenía un pedazo de soga atado al tobillo y el cabo suelto se encontraba deshilachado. Quizá un tiburón u otro pez grande tratando de devorarla, la desprendió de su ancla y se enredó con las redes de algún pescador. Luego, al llenarse de gases el cuerpo, salió a la superficie.

Se documentó todo con lujo de detalles, incluyendo